dice, cómo una razon eterna que gobierna, ha de avenirse con leyes inmutables. O son las leyes de la naturaleza las que gobiernan, ó es la razon eterna; las unas al lado de la otra entrarian en colision á cada momento. Si la razon eterna gobernase, las leyes de la naturaleza serian *supérfluas*; si por el contrario, gobiernan las leyes inmutables de la naturaleza, excluyen toda intervencion divina.»—«Si una personalidad gobierna la materia con un fin, dice Moleschott, la ley de la necesidad desaparece de la naturaleza. Cada fenómeno es á un tiempo mismo producto del juego del *acaso* y de un poder arbitrario sin freno alguno (!!).»

Hay que convenir en que esta grave objeccion es bastante singular. Este extraño raciocinio flaquea por su propia base. Parécenos, al contrario, que la inteligencia que se revela en las leyes de la naturaleza, demuestra por lo menos la inteligencia de la causa á que se deben estas leyes, y que son precisamente la expresion inmutable de esta inteligencia eterna. ¿No es algo ridículo pretender que esta causa debe dejar de existir por la razon de que está íntimamente acorde con estas mismas leyes? Veamos, por ejemplo, á un excelente arpista, de habilidad tan perfecta que los acordes que saca de las cuerdas vibrantes parecen identificados con la poesía de su alma: esta alma, pues, no existe, porque para admitir su existencia, seria preciso que se pusiese á veces arbitrariamente en desacuerdo con las leyes de la armonía! Este modo de raciocinar es tan evidentemente falso, que los mismos que lo emplean lo reconocen implícitamente. Así es que, refiriendo Büchner, á propósito de los milagros, el hecho de que el clero inglés habia pedido al gobierno que ordenase un dia general de ayuno y de preces para alejar el cólera, alaba al lord Palmerston por haber respondido que la propagacion del cólera dependia de condiciones naturales conocidas en parte, y podria mejor detenerse con medidas sanitarias que con oraciones. ¡Muy bien! Todavía añade mas el autor. «Esta respuesta, dice, le acarreó la acusacion de ateismo, y el clero declaró que era un pecado mortal no querer creer que la Providencia puede en todo tiempo contrariar las leyes de la naturaleza. ¡Qué singular idea se forman estas gentes del

Dios que se han creado! Un legislador supremo capaz de dejarse ablandar por súplicas y sollozos para trastornar el órden inmutable que ha creado, violar sus propias leyes y destruir con su mano la accion de las fuerzas de la naturaleza!»—«Todo milagro, dice tambien Cotta, si los hubiera, probaria que la creacion no merece la veneracion que por ella sentimos, y el místico deberia necesariamente deducir de la imperfeccion de lo creado la imperfeccion del Criador.»

Véase, pues, á nuestros adversarios en contradiccion consigo mismos, puesto que por una parte no quieren admitir que una razon eterna pueda estar acorde con leyes inmutables, y por otra piensan con nosotros que la idea de inmutabilidad ó cuando menos de regularidad conviene con la perfeccion ideal del sér desconocido que llamamos Dios, mas bien que la idea de mudanza ó arbitrariedad que ciertas creencias pretenden imponerle.

Otro error general no menos funesto que el precedente y que engaña igualmente á nuestros contradictores, es creer que para que Dios exista, es preciso que esté *fuera* del mundo. No vemos bajo ningun concepto la razon de esta supuesta necesidad. Y ante todo, ¿qué idea es esa de una causa soberana fuera del mundo? ¿En dónde limitais el mundo para salir con esta idea? El mundo, es decir, el espacio en que se mueven las estrellas y las tierras, ¿no es infinito por su esencia misma? Cualquiera que sea el lugar en que imagineis fijar un límite á este espacio, ¿no se renueva el mismo espacio mas allá? ¿Es posible fijar límites á la extension? ¿En dónde, pues, se imaginaria este Dios fuera del mundo? ¿Se quiere decir que fuera de la materia? ¿Pero qué es la materia misma?—Agrupaciones de moléculas impalpables. Es imposible, pues, precisar semejante posicion. Dios no puede estar fuera del mundo, sino que está en el mismo lugar que el mundo, de que es sosten y vida. Si no temiésemos que se nos acusara de panteistas, añadiríamos que es «el alma del mundo.» El universo vive por Dios como el cuerpo obedece al alma. En vano pretenden los teólogos que el espacio no puede ser infinito; en vano se esfuerzan los materialistas en suponer

á Dios fuera del mundo; nosotros sostenemos que Dios, infinito, está en el mundo, en cada átomo del universo. Nosotros adoramos á *Dios en la Naturaleza*.

Entre tanto nuestros adversarios combaten desatinadamente su fantasma. «No se debe considerar el gobierno del universo como un órden regulado por un espíritu *fuera* del mundo, dice Strauss, sino como la razon inmanente en las fuerzas cósmicas y en sus relaciones.» Por nuestra parte, á esta *razon*, la llamamos Dios, en tanto que los ateos modernos se sirven de esta declaracion para afirmar que no estando Dios fuera del mundo, no existe. «Todo, dice H. Tuttle, desde la polilla que revolotea á los rayos del sol, hasta la inteligencia humana que emana de las masas medulosas del cerebro, todo está sujeto á principios fijos. Luego Dios no existe.»—Luego Dios existe, concluimos nosotros.—«Cada uno es libre de traspasar los límites del mundo visible, dice Büchner, y buscar *fuera* una razon que gobierna, un poder absoluto, un alma del mundo, un Dios personal,» etc. ¿Pero quién os habla de esto? «Nunca y en ninguna parte, dice el mismo literato, en los espacios mas lejanos que el telescopio ha descubierto, se ha podido observar un hecho que forme excepcion y que pueda hacer admitir la necesidad de una fuerza absoluta, que ejerza su accion *fuera* de las cosas.» Pero volvemos á decir ¿quién os habla de esto? «La fuerza no es un Dios que impele, dice Moleschott, no es una esencia de las cosas aisladas del principio material.» Nadie será tan corto de vista, dice ademas, que vea en las acciones de la naturaleza fuerzas que no estuviesen ligadas á un substrato material. Una fuerza que estuviese libre por encima de la materia seria una idea absolutamente vacía.

Decididamente hay hoy todavía caballeros andantes que guerrean alrededor de los viejos castillos del Rhin y que se entretienen en pelear contra molinos de viento, á la manera del héroe de Cervantes. Porque en fin, ¿cuál es el filósofo de hoy que enseña que hay un Dios ó fuerzas *fuera* de la naturaleza?—Nosotros vemos en Dios la esencia virtual que sostiene el mundo en cada una de sus partes infinitamente pequeñas; de donde resulta que el mundo está

de ella como bañado, empapado en todas sus partes, y que Dios está presente *en* la composicion misma de cada cuerpo.

De modo que, la primera trinchera abierta por nuestros adversarios para el sitio del espiritualismo, ha sido cegada por ellos mismos; la segunda aun no está dirigida contra la ciudadela, y nuestros soldados alemanes no hacen mas que divagar.

Un tercer error capital é imperdonable para sábios de cierta edad, es que imaginan tener el derecho de afirmar sin pruebas, y se mantienen en la cándida confianza de que está uno forzado á creerlos bajo su palabra. Ellos afirman en donde la verdadera ciencia guarda el mas profundo silencio. *Afirman*, como si hubiesen asistido al consejo de la creacion, ó como si ellos mismos hubiesen creado el mundo.

Veamos algunas muestras de este género de raciocinios, cuya infalibilidad ha sido tan orgullosamente proclamada. Tómense el trabajo los talentos un poco acostumbrados á la práctica de la ciencia, de analizar las siguientes afirmaciones:

«La fuerza, dice Moleschott, *no es* un Dios, que da el impulso, *no es* un sér separado de la sustancia material de las cosas (¿querrá decir separado ó distinto?) La *propiedad* inseparable de la materia es la que le es inherente de *toda eternidad*. Una fuerza que no estuviese unida á la materia seria una idea absurda. El ázoe, el carbono, el hidrógeno y el oxígeno, el azufre y el fósforo tienen propiedades que les son inherentes de *toda eternidad*... Luego la materia *gobierna* al hombre.»

Cada una de estas afirmaciones ó de estas negaciones es una peticion de principio: todo depende del sentido que se dé á los términos discutibles empleados aquí; se reducen á declarar que la fuerza es una propiedad de la materia. Pero precisamente en esto está la cuestion. Estos fieros campeones que pretenden representar la ciencia y hablar en nombre de ella, no se dignan ni aun seguir el método científico, cual es de no afirmar nada sin pruebas. Han estereotipado una máxima que brilla en letras de oro al

desplegar su bandera: «Toda proposicion no demostrada experimentalmente merece el desden,» y la olvidan desde el comienzo de sus discursos. Son predicadores de un género nuevo: Haced lo que digo y no lo que hago. Aseguraremos en efecto que los que afirman que la fuerza no da el impulso á la materia, toman esta idea de su imaginacion y no de la ciencia.

Escuchemos algunas otras afirmaciones generales: «La materia, dice Dubois-Reymond, *no es* un vehículo al cual, como á un caballo, se puede dar y quitar las fuerzas alternativamente. Las propiedades *son* de toda eternidad inalienables, intransmisibles.»

Sobre el destino del hombre se expresa así Moleschott: «Cuanto mas claramente concebimos que trabajamos en el desarrollo mas alto de la humanidad por una *juiciosa* (?) asociacion de ácido carbónico, de amoniaco y de sales, de ácido húmico y de agua, tanto mas nobles llegan á ser la lucha y el trabajo,» etc.

Y en nuestro mismo país: «Una idea, dice la *Revista médica*, es una combinacion análoga á la del ácido fórmico; el pensamiento depende del fósforo; la virtud, el sacrificio y el valor, son corrientes de electricidad orgánica,» etc.

¿Quién os ha dicho esto, señores redactores? Vuestros lectores creerán que vuestros maestros enseñan semejantes majaderías. Pero no hay nada de esto. Bajo el punto de vista científico, estos raciocinios son absolutamente nulos. Verdaderamente no se sabe qué admirar mas, si la audacia de estos singulares representantes de la ciencia, ó la tontería de sus pretensiones.

Newton decia: «Nos parece...» Keppler decia: *Os someto estas hipótesis...* Estos caballeros dicen: *Yo afirmo, yo niego, esto es, esto no es, la ciencia ha juzgado, la ciencia ha pronunciado, la ciencia condena*, aunque en lo que aleguen no haya ni sombra de argumento científico.

Semejante método puede tener el mérito de la claridad; pero de seguro no se le acusará de ser demasiado modesto ni verdaderamente científico.

Teneis el atrevimiento de imputar á la ciencia la pesada carga de vuestras heregías: si la ciencia os oyese, caballeros,—pero debe oiros, porque sois sus hijos,—si la ciencia os oyera, debia sonreirse de vuestra ilusion.

La ciencia *afirma*, decís, la ciencia *niega*, la ciencia *ordena*, la ciencia *prohibe*... A esta pobre ciencia la poneis palabrotas en los labios, la suponeis un grande orgullo en el corazon.

No, señores, y bien sabeis vosotros (aquí en confianza), que en estas materias, la ciencia no afirma nada, no niega nada, la ciencia *busca*.

Reflexionad, pues, que la forma de vuestras frases engaña á los ignorantes, y que puede inducir á error á todos los que no han tenido la facultad de hacer los mismos estudios que vosotros; y tened entendido que cuando se presenta uno bajo el título de intérprete de la ciencia no se la debe disfrazar, y hay que ser los fieles, y por consiguiente los modernos traductores de una causa cuyo primer mérito es la modestia.

Si de la cuestion de la fuerza en general, pasásemos á la del alma, observaríamos que en el dominio de la vida animal ó humana, nuestros adversarios no temen afirmar, sin mas pruebas que antes, que la personalidad del sér viviente y pensante no existe, que el espíritu, como la vida, no es mas que un resultado físico de ciertos agrupamientos de átomos, y que la materia gobierna al hombre tan exclusivamente como gobierna, segun ellos, los astros y los cristales. Lo mas curioso es que se imaginan ilustrar el problema por sus oscuras esplicaciones: «El espíritu, dice el doctor Hermann Scheffler (1), no es otra cosa que una fuerza de la materia resultante inmediatamente de la actividad nerviosa.» Pero ¿de dónde viene esta actividad nerviosa?—Del éter (?) en movimiento en los nervios. De manera que los actos del espíritu son el producto inmediato del movimiento nervioso determinado por el éter ó del movimiento del éter en los nervios,—á lo cual hay que añadir un cambio mecánico, físico ó químico, de la sustancia imponderable de los nervios y de los demas elementos de los cuerpos...—Creo que la cuestion está bien ilustrada.

«Vivir, dice Virchow, no es mas que una forma parti-

(1) *Körper und Geist*, etc.

cular de la mecánica.»—«El hombre no es mas que un producto de la materia, dice Büchner, no es el sér que pintan los moralistas, no tiene el privilegio de ninguna facultad intelectual.»—«Hay en todos los nervios una corriente eléctrica, dice Dubois-Reymond, y el pensamiento no es mas que un movimiento de la materia.»—«Las facultades del alma, dice Vogt, no son otra cosa que funciones de la sustancia cerebral; que tienen con el cerebro la misma relacion casi que la orina con los riñones (1).—«El sentimiento de sí mismo, la conciencia, dice Moleschott, no es mas que una sensacion de movimientos materiales, sujeta en los nervios á corrientes eléctricas y percibidos por el cerebro.»

Tendremos ocasion de citar mas adelante un ditirambo del mismo autor sobre el fósforo del cerebro, sobre los guisantes, las habichuelas y las lentejas. Por ahora, limitémonos á estos edificantes testimonios.

Pero admiremos la conclusion fundamental: «Por estos motivos los sábios definen la fuerza como una *simple propiedad de la materia*. ¿Cuál es la consecuencia general y filosófica de esta nocion, tan sencilla como natural? Que los que hablan de una *fuerza creatriz* que hubo de crear el mundo por sí misma ó de la nada, ignoran el primero y mas sencillo principio del estudio de la naturaleza, basado sobre la filosofía y sobre el empirismo.»

Y, se añade, «¿cuál es el hombre instruido, cuál es aquel que, con solo un conocimiento superficial de los resultados de las ciencias naturales, podria dudar que el mundo no esté gobernado, como se dice comunmente, sino que los movimientos de la materia están sujetos á una necesidad absoluta é inherente á la materia misma?»

Así que, mediante la autoridad de algunos alemanes, que vienen cándidamente á declarar, desde la primera página, que no quieren á ningun precio ni la existencia de Dios ni la del alma, y á prestar una sombra de nocion científica á la supuesta justificacion de su fantasía; nos seria preciso, segun ellos, ó dejarnos de ocupar de la ciencia, ó dejar de creer en Dios. Si solamente hubiesen tenido la

(1) *Physiologische Briefe.*

précaucion de aplicar las reglas del silogismo á su método, si hubiesen tenido cuidado de sentar desde luego premisas irrefutables, y de no sacar de ellas sino una conclusion legítima, se les podria seguir en su raciocinio y concederles un premio de retórica. Pero obsérvese en qué consiste su procedimiento.

Mayor. La fuerza *es* una propiedad de la materia.

Menor. Es así que, una propiedad de la materia no puede ser considerada como superior, creadora ú organizadora de esta materia;

Conclusion. Luego, la idea de Dios es una concepcion absurda.

De esta manera sientan desde luego en principio el asunto que se va á discutir. Combatiendo enteramente el método del cristianismo, se parecen mucho á los que, para probar á los romanos la divinidad de Jesús, principiaban así:

Jesús es Dios,—y despues sacaban sus deducciones de este principio no probado.

Y nosotros hacemos mucho honor á estos escritores aplicando á sus alegaciones las reglas del raciocinio, porque quizá no hayan pensado nunca en seguir estas reglas.

Todavía podríamos presentar sus pretensiones bajo otra forma mas sencilla:

Antecedente. La materia y la fuerza se encuentran siempre juntas.

Consecuente. *Luego*, la fuerza es una cualidad de la materia.

Véase aquí, en mi opinion, un entimema de nuevo género y muy evidente la consecuencia, ¿no es verdad? Pero así es como raciocinan los señores alemanes y sus perspicaces imitadores, los positivistas de la jóven Francia.

En el primer caso, el raciocinio peca por su base; en el segundo, ni aun merece este cargo: es una niñería.

Molesto es escribirlo, pero verdaderamente, á esta puerilidad, ó por mejor decir, á esta perversion de la facultad racional, es á lo que se reduce el formidable movimiento del materialismo contemporáneo. Y ahora precisamente es el caso de aplicar el dicho de un misántropo que, modifi-

cando ligeramente la calificacion de nuestra especie, decia que el hombre no es un animal racional, sino hablador.

Todo el fundamento de esta gran disputa, toda la base de este edificio heterogéneo cuya caida inminente podrá aplastar á muchos cerebros en sus ruinas, toda la fuerza de este sistema que pretende dominar el mundo y el porvenir, todo su valor y todo su poder estriban sobre esta asercion fantástica, arbitraria y en manera alguna demostrada: que la fuerza es una propiedad de la materia.

Fingiendo seguir rigorosamente las demostraciones científicas, y de no apoyarse sino sobre verdades reconocidas; cubriéndose bajo el estandarte de la ciencia; tomando sus fórmulas y sus hechos; y ocultándose bajo su máscara, es como los oradores del ateismo y de la nada proclaman sus bellas é interesantes doctrinas.

Pero la ciencia no es una máscara. Habla con el rostro descubierto, no echa mano de falsas maniobras ni de declaraciones engañadoras: tranquila y pura en su grandeza, se espresa sencilla, humildemente, como un sér que tiene conciencia de su valor íntimo, que no trata de engañar; y sobre todo, no afirma las cosas de que no está segura, y en lugar de afirmar ó de negar, busca y prosigue laboriosamente su tarea.

Lo espuesto anteriormente ha dejado ya adivinar, sin duda, la táctica del ateismo contemporáneo. No es el resultado directo del estudio científico, pero procura insinuarse bajo esta apariencia. En este punto padecen estos filósofos una completa ilusion, porque sabemos que cierto número de ellos tienen una conviccion sincera; y á fuerza de desear enlazar sus teorías con la ciencia han concluido por ver realizarse en su espíritu esta union, este mal maridage.

No importa que semejantes teorías no puedan invocar en su favor uno solo de los grandes experimentos científicos de nuestro tiempo; á pesar de esto se presentan como el resultado de todo el trabajo científico moderno: ellas lo repiten, y por medio de tales palabras engañan á los ignorantes y á la juventud ligera, y pretenden hacerles creer que las ciencias, á fuerza de progresar, han concluido por descubrir y demostrar que no hay ni Dios ni alma. Ellos son los que forman la ciencia. Al oirlos se diria que no hay nada fuera de ellos. Los grandes hombres de la antigüedad, de la Edad media y de los tiempos modernos, no son mas que fantasmas; y la filosofía toda entera debe desaparecer ante el supuesto ateismo científico.

Preciso es que las imaginaciones populares no se dejen engañar por un juego de palabras, que verdaderamente parece á veces una comedia. Conviene que las inteligencias piensen por sí mismas, juzguen con conocimiento de causa, y adquieran la certidumbre de que los hechos científicos, interrogados sin previa resolucion, no permiten deducir las consecuencias dogmáticas que se les imponen.

Vista de cerca, la piedra angular sentada con grandes esfuerzos por el materialismo contemporáneo, permite adivinar que no es otra cosa que un tronco viejo de madera carcomida; y en el fondo los partidarios de este sistema no estan mas seguros de la solidez de su escepticismo que lo estaban los calvos discípulos de Heráclito ó de Epicuro. Aunque quieran hacérnoslo creer, su sistema todo entero no es otra cosa que una hipótesis mas vana y menos fundada que muchas novelas científicas.

Y puesto que declaran ellos mismos que debe desterrarse de la ciencia toda hipótesis, se debe comenzar por expulsar la suya.

En efecto, ¿con qué derecho vienen á hacer de la fuerza un atributo de la materia? ¿Con qué derecho afirman que *la fuerza está sometida á la materia*, que obedece humildemente á los caprichos de esta, y que es la esclava absoluta de los elementos inertes, muertos, indiferentes y ciegos?—Parécenos que tenemos un derecho mejor fundado y mas evidente de proponer lo contrario, y de minar de esta manera por su base su famoso edificio.

Terminemos, pues, esta exposicion del problema, decidiendo que la cuestion debe plantearse en estos términos fundamentales: La fuerza ¿está sujeta á la materia, ó la materia á la fuerza?

Hay que discutir lo uno y lo otro y elegir; ó hablando

mas exactamente, hay que observar la naturaleza y decidirse segun la observacion.

Pero, puesto que los respetables campeones de la materia afirman con tanta seguridad el primer punto, principiemos por ponerlo en duda y por proponer la afirmacion contraria.

En la portada de esta obra inscribimos pues la siguiente pregunta: ¿La fuerza está sometida á la materia, ó por el contrario, la fuerza no rige la materia? este es el dilema que debe resolverse por los hechos mismos.

El espectáculo general del universo va á ofrecernos la primera demostracion de la soberanía de la fuerza y de la ilusion de los materialistas. De la materia nos elevamos á las fuerzas que la rigen, de las fuerzas á las leyes que las gobiernan, y de estas leyes á su misterioso autor. La armonía llena el mundo con sus acordes, y el oido de ciertos pequeños séres humanos rehusa oirla. La mecánica celeste lanza atrevidamente en el espacio el arco de las órbitas estelarias, y la vista de un parásito de estos globos desconoce la grandeza de su arquitectura. La luz, el calor, la electricidad, puentes invisibles echados de una esfera á otra, hacen circular al través de los infinitos, el movimiento, la actividad, la vida, la radiacion del esplendor y de la belleza, y unas débiles criaturas apenas salidas á la superficie de una pobre esfera, quieren mas bien tiritar de frio en la sombra que confesar la radiacion celeste. ¿Es locura ó necedad? ¿es orgullo ó ignorancia? ¿cuál puede ser el orígen y cuál el objeto de una aberracion tan singular? ¿Por qué, cuando la fuerza vital, gozosa y fecunda, desde el paterno sol hasta la linda mariposa que nace y muere en la misma mañana, desde la encina secular de nuestros bosques hasta la violeta primaveral: ¿por qué cuando la vida brillante y magnífica dora las mieses de julio, acaricia los rubios cabellos de la bulliciosa juventud, se estremece en el seno virginal de la prometida; por qué negar la belleza, por qué disfrazar la bondad, por qué desconocer la inteligencia? ¿por qué emponzoñar las virtudes eternas que sostienen el edificio del mundo, y eclipsar tristemente la luz inmaculada que desciende de los cielos?

Antes de penetrar los misterios del reino tan rico y tan interesante de la vida, debemos considerar el bosquejo material del universo y principiar por demostrar la soberanía de la fuerza en el trazado de este bosquejo mismo.

Dividiremos esta primera consideracion en dos secciones: el *Cielo* y la *Tierra*, á fin de establecer, primero por las leyes astronómicas, despues por las leyes terrestres, que en cada punto de la creacion nunca ha sido la materia sino una esclava servil, dominada universalmente por la soberanía de las fuerzas que la rigen. Esta division no debe un solo instante recordarnos la antigua comparacion del Cielo y de la Tierra; pues todos sabemos que son dos términos no comparables. En valor absoluto, el cielo es todo, la Tierra es nada. La Tierra es un átomo imperceptible perdido en el seno del infinito; el cielo la rodea; la cubre, sin límites; forma parte de la poblacion celeste, sin excepcion, sin privilegio particular. Unir estas dos expresiones: el cielo y la Tierra, es decir: los Alpes y un pequeño guijarro; el Océano y una gota de agua; el Sahara y un grano de arena, es comparar la mínima parte de un todo á este todo mismo.

Importa pues no dar una interpretacion literal á nuestra division; no tiene otra razon de ser sino la claridad del asunto. Para nosotros, habitantes de la Tierra, este astro es alguna cosa, así como para la pequeña oruga que nace sobre una brizna de yerba, esta brizna es alguna cosa á pesar de su insignificancia en toda la pradera.

Nuestra esfera de observacion se divide naturalmente en dos partes: lo que pertenece á nuesrto mundo y lo que no le pertenece. Pero vamos á establecer que fuera de nuestro mundo lo mismo que en él, la materia en todo y por todo, no es mas que una cosa inerte, ciega, muerta, compuesta de elementos incapaces de dirigirse por sí mismos, que no piensan ni obran por su propio impulso, y que en los senderos invisibles del espacio, lo mismo que en los canales de la sávia ó de la sangre, lo que agrupa los átomos, lo que dirige las moléculas, lo que conduce los mundos, es una *Fuerza*, que manifiesta á veces el plan, la voluntad, la inteligencia, la sabiduría y el poder de su autor.